

(Viene de la pág. 79)

A renglón seguido llegan los versos —quiero decir la prosa escrita en rayas más cortas que las del resto del libro, y justificadas tan sólo a la izquierda—, que se publican en las páginas 423 a 448, bajo el título de «La precaria i habitual poesía». El señor Pla ha encontrado, como tantas otras veces ha hecho, las palabras justas para definirlos: «La insignificancia de estos escritos es risible». Previamente, en el prólogo, nos ha explicado algo parecido a un cuento chino sobre la imposición del editor para que los publicara. Hay que añadir que estos son los primeros versos que publica el señor Pla y, según propia confesión, los únicos que ha escrito.

Cierra el volumen un extenso relato sobre el infarto de miocardio, que Josep Pla sufriera en agosto de 1972. Páginas dramáticas, en contraste con las de los versos. Cuando, una vez mínimamente repuesto, el escritor retomó su trabajo y publicó una primera versión del relato en el semanario «Destino», otro gran periodista, poco sospecho por lo demás de colmular con las ruedas de molino que a menudo nos sirve Pla en sus colaboraciones periodísticas, me dijo (y no recuerdo si lo publicó) que si en España hubiese algo parecido al Premio Pulitzer, el ganador indiscutible de ese año sería Josep Pla. En escritos así es donde se pone de manifiesto, sin discusión alguna, la grandeza de un oficio que no admite jubilaciones ni bajas por enfermedad, y la grandeza de un profesional que, al margen de extravagancias como las detalladas y muchas otras de no menor calibre, sabe desempeñarlo con devoción y constancia.

Josep Pla nunca ha presumido de ser un es-

critor coherente. Si ha alardeado con frecuencia, en cambio, de ser un escritor humilde y cortés, aunque no siempre se muestre así en su obra, como hemos tenido oportunidad de comprobar. En cualquier caso, ofrece una garantía con la que el lector cuenta muy pocas veces y más en los tiempos que corren: la de que nunca aburrirá, a pesar de las decenas de miles de páginas (acaso cientos de miles) que ha dejado escritas. Y otras tantas que escriba en el futuro. ■ MARTIN VILUMARA.



«La Lliçó», de Ionesco

Segundo programa del Festival Internacional de Madrid, dedicado al teatro independiente. Tras La Comuna, de Lisboa, el grupo A-71, de Barcelona. Del portugués al catalán. De un gran trabajo a otro igualmente serio, aunque muy distinto. De una sala con demasiados claros, a otra semivacia. Todo ello conformando una imagen dura, hermosa, del teatro en dignidad.

Podría pensarse que «La lección» es, a estas alturas, un texto sabido. Quizá lo sea desde la perspectiva de la historia de la literatura dramática. Pero el teatro nunca es —y cuando lo es, deja de ser teatro— sólo un texto. Acaso la formulación escénica de un modo de tratarlo artísticamente. Y en este punto no hay duda que el trabajo de A-71 vale decididamente la pena.

En el programa, que oculta los nombres de los miembros del grupo,



aparece una nota que comienza así: «Surge la necesidad de componer un grupo por parte de elementos procedentes del teatro comercial y en plena disconformidad con el funcionamiento y resultados artísticos de éste, en el mes de marzo de 1973». Desde entonces, tres montajes. Pedrolo, un Molière, adaptado por Vidal Alcover y ahora esta formidable versión catalana de «La lliçó», de Ionesco. Su autor es Joan Argenté, y la otra noche nos pareció en el Alfíl una maravilla de ritmo y aun de utilización para incorporar cierta ironía sobre la relación entre los lenguajes peninsulares y sobre otros valores de la vida española.

Esa combinación de nadería y de crimen, de absurdo infantil y de terror, que constituyen la base de la progresión dramática de la obra, estuvieron perfectamente servidos por unos actores que —y esto no dejó de ser un aspecto muy sugestivo de su trabajo—, lejos de caer en cualquier engolamiento trascendentalista, aprovecharon su escuela tradicional, las bases del naturalismo costumbrista, del sainete, incluso en el orden de la puesta en escena, para llegar a crear ese terror último —esa visión o premonición apocalíptica de la que nos hablaba personalmente el autor hace unos días— que define

la obra y el pensamiento de Ionesco.

Cuando se estrenó «La lección», muchos se quedaron con el absurdo del diálogo, con la plasticidad de un lenguaje conceptualmente vacío y aun con lo insólito de las imágenes. Algunas risas de los espectadores del Alfíl probaban que esta interpretación de la obra de Ionesco sigue viva para muchos. Creo, sin embargo, a la vista de «La lección» y de cuanto luz ha proyectado sobre ella la obra posterior de Ionesco, que la pieza no tiene nada de cómico. En esa muerte gratuita a la que llega el profesor desentrañando palabras incoherentes, en la imagen de esa alumna estúpida y asesinada por su maestro, existe una reflexión precisa y amarga sobre la historia contemporánea. Contada, eso sí, de forma bien distinta a como lo haría cualquier predicador tradicional del fin del mundo. ■ JOSE MONLEON.

Un gran festival con muchas cosas puestas en cuestión

Lo lógico sería que, detrás de este Primer Festival Internacional de Teatro Independiente, existiera el apoyo de todos esos centros e instituciones que tan a menudo hablan de su interés por la cultura

y por la educación de los españoles. También cabría pensar que, como sucede en tantos países, la manifestación teatral pudiera ser la plataforma de una serie de debates sobre la realidad teatral y aun la realidad política de los lugares de donde cada grupo procede. Pienso en el golpe de vida, de clarificación, que festivales como los de Caracas o Manizales son para Venezuela o Colombia, y me pregunto por qué los españoles no hemos de ser capaces de hacer lo mismo con un Festival de Madrid.

Que sepamos, detrás del Festival sólo está la compañía Morgan, es decir, Angel García Moreno, y quienes le apoyan económicamente para hacer del Alfíl el teatro más responsable y más limpio de la capital. Se trata, pues, del esfuerzo de una empresa privada seguramente más generoso que, en muchos años, se ha hecho en Madrid. El Festival —por la categoría media de quienes concurren, por lo que supone de propuesta— es un servicio cultural a la sociedad madrileña de gran interés.

Se pensó empezar con una especie de mesa que debatiera todos los puntos fundamentales del teatro actual. García Moreno contaba ya con la presencia de los directores de varios festivales internacionales, que, en unión de hombres del teatro español, plantearían el análisis de ese teatro. No hubo mesa.

Se habló de que al día siguiente de cada estreno se celebraría un coloquio con cada una de las compañías. De hecho es ésta una práctica casi rutinaria en todos los festivales, y ayuda a acortar las dis-

tancias inevitablemente implícitas en un espectáculo extranjero. Se aprende así cómo es el teatro de otros lugares, cuáles el método de trabajo y la organización del grupo, cuáles sus conceptos sobre el fenómeno dramático. No ha habido coloquios.

La invitación anuncia dos películas para la primera jornada. Una era sobre los métodos de trabajo del TEC, grupo colombiano que se estima hoy en todo el mundo como una de las expresiones más significativas del teatro de América Latina. La otra era sobre el Festival de Nancy y la concurrencia al mismo de Tábaro. Se trataba, pues, de una sesión de trabajo para hombres en su mayor parte de teatro. No hubo sesión cinematográfica.

Cuando La Comuna, de Lisboa, fue a Manizales o a Caracas, le ofrecieron varias salas posibles para que eligieran el espacio que mejor se acomodase a su espectáculo. «La cena» requiere una sala pequeña, que permita, además, situar la acción dramática en el centro. El espacio es una mesa cubierta por un mantel blanco, que debe ser vista desde arriba. Importa también, por las características del trabajo, que el espectador «no se sienta» en un dispositivo a la italiana, sometido a todos los reflejos que su cotidiana asistencia al teatro ha determinado. La Comuna pretende otra relación, que requiere otro espacio. Aquí, naturalmente, Angel García Moreno sólo pudo ofrecerles su pequeña y ya heroica salita a la italiana.

La poética de «La cena» descansa, sobre todo, en la organización. En el hecho de